



José Muñoz Escámez

El palacio de las ilusiones

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José Muñoz Escámez

El palacio de las ilusiones

Iba por esos caminos de Dios un infeliz muchacho, como de doce años, tan destrozado y mal vestido, que daba compasión verle. Colgado al cuello llevaba un acordeón deteriorado y maltrecho, con más grietas que teclas y con más parches que notas.

Aquel instrumento constituía su modo de vivir, pues con su disorde música llamaba la atención del público hacia su desgracia, y las almas caritativas le socorrían, mitad por lástima, mitad porque se marchara con aquel infernal concierto a otra parte.

Una canción monótona y pesada, capaz de hacer dormir en pie, era todo su repertorio, en unión de unos saltos, que así tenían de pasos de baile, como yo de Arcipreste de las Indias.

La jornada había sido mala, y el pobrete, casi sin un real, se trasladaba a una población distante cosa de una legua del punto en donde lo encuentro y presento a mis lectores.

El rapaz iba muy preocupado, sin duda pensando en lo problemático de la cena. Se sintió cansado y se sentó en la ladera de un monte cubierto de espeso y enmarañado bosque. Reclinó la fatigada cabeza sobre un tronco y se quedó profundamente dormido.

Cuando pudo darse cuenta de sí, el bosque y el camino habían desaparecido, convirtiéndose en un hermoso palacio de cristal, por cuyas traslúcidas paredes penetraba a torrentes la luz, filtrada por vidrios de mil colores.

Los más hermosos jardines no podrían compararse con los que rodeaban aquel palacio deslumbrante, en donde cada objeto era una joya y cada habitación una maravilla.

El muchacho quedó absorto sin saber en dónde estaba, ni por dónde ni cuándo había entrado en aquella encantada mansión.

-Tengo hambre- pensó; y como si hubieran adivinado su deseo, una mesa admirablemente servida apareció a su lado.

La necesidad le punzaba de tal suerte el estómago, que sin cumplimientos ni andrónimas se lanzó sobre la primera fuente que halló a mano, decidido a dejarla limpia como si la acabaran de fregar. Pero lo mismo fue poner la mano sobre la mesa, cuando los platos, ya casi cogidos, emprendieron un vuelo aterrador por la habitación.

Y aquí de los apuros del muchacho, que corrió como un loco detrás de un hermoso pavo trufado, que estaba diciendo «comedme», y más tarde trataba de agarrar una soberbia merluza a la mayonesa, que con salsa y todo tomó las de Villadiego.

Las botellas de vinos exquisitos, que en tentadora batería ocupaban un ángulo de la mesa, imitaron la danza macabra de sus parientes los platos, y se marcharon como si les hubieran nacido alas en el casco.

-¡En dónde diantres me encontraré yo! -decía el muchacho lleno de miedo.

Enfrente de él apareció inmediatamente un letrero que decía: «Estás en casa del mago Argab, el amigo de los pequeñuelos».

-Pues si eres amigo de los niños, ¿por qué me dejas sin cenar? Un nuevo rótulo sustituyó al primero: «Porque quiero darte manjares aun más exquisitos».

Y de nuevo la mesa surgió, no se sabe de dónde, llena de los más deliciosos platos que hayan podido soñar los más delicados gastrónomos.

Las copas eran de brillantes ahuecados, las botellas enormes topacios, y la vajilla de oro brillante, pulido y labrado artísticamente.

Pero esta vez no vino sola la mesa. El salón se llenó de gallardos pajes, que al pasar junto al muchacho del organillo, le hicieron mil reverencias, invitándole a cenar.

El muchacho se sentó a la mesa, sin dejar el acordeón, su compañero un día en la miseria y testigo aquél de su prosperidad.

-Dejad a un lado ese mísero instrumento. No os ocupéis más de él -le decían aquellos pajes con acento insinuante y picaresca sonrisa.

Un secreto movimiento hizo que el muchacho se negara a complacerles.

-No me estorba -contestó suspirando-. Estoy acostumbrado hasta a dormir con el pobrecillo.

Y todos los ruegos que le dirigieron se estrellaron ante la misma negativa.

-Comed lo que queráis; elegid lo más suculento y agradable.

El muchacho quedó un instante perplejo. De un lado el apetito, con sus crueldades, le incitaba a apoderarse de los platos más suculentos, y de otro una voz secreta le prohibía tomar aquéllo, a lo cual su estómago no estaba acostumbrado.

Dos veces tuvo intención de echar mano a una trucha escabechada que tenía a dos dedos de sí, y otras tantas un movimiento interior le paralizó el brazo.

Entonces, sin vacilar, cogió un pedazo de pan, dejando a un lado aquellos manjares propios de estómagos gastados por el refinamiento.

En el acto desaparecieron pajes y mesa.

-Les ha molestado mi templanza -pensó el chico.

-¡Sí! -apareció en la pared con letras enormes.

-¿Luego entonces estoy en una casa de Satanás?

Un formidable ruido de cadenas se oyó en la habitación inmediata, y un horrible viejo se presentó en la puerta.

-Has caído en mi poder, desdichado. ¿Crees que te vas a burlar de mí? ¿No he de lograr que cometas un pecado mortal?

-¡Jesús! -exclamó el chico lleno de terror y a punto de perder el conocimiento.

Lo mismo fue pronunciar esta palabra, que desaparecer el viejo, el palacio y los jardines, para encontrarse de nuevo en el lindero del bosque.

Vuelto completamente en sí, miró a su alrededor. Un fraile se le acercó, y después de bendecir al muchacho, le obsequió con abundantes provisiones y un bolsillo lleno de plata, al mismo tiempo que le decía:

-Has estado en el palacio de las ilusiones engañosas, en donde jamás se toca la verdad. Si hubieras abandonado tu modo de vivir, que era tu orgullo, y hubieras comido de aquellos manjares preparados por el diablo para que cometieses el pecado de la gula, de fijo que te hubieras perdido sin remedio. Sé siempre buen cristiano, y podrás desafiar las asechanzas del terrible enemigo del hombre.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.